

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

4. LA DAMA DEL OSITO

COMO Juan Carlos ya lo había podido verificar en numerosas instancias de su vida, el antídoto más eficaz contra la confusión mental y la ansiedad combinadas era ni más ni menos que el trabajo duro.

Así, dejando de lado los intrincados laberintos de Virginia Linares, sus peculiares reacciones y aun el grave riesgo de un vínculo eventual, decidió abocarse de lleno a la resolución del caso que tenía entre manos. Dada la indisoluble implicación de Virginia en el asunto, no le iba a resultar posible el mantenerla apartada del plano de sus actividades; pero se prometió a sí mismo que confinaría sus relaciones a coordinadas estrictamente profesionales.

Le quedaban pendientes algunas entrevistas. Aquello no carecía por cierto de aristas delicadas, ya que un detective privado no dispone del peso de la autoridad “legal” para imponerse a testigos recalcitrantes; sin embargo, él había venido arreglándoselas bastante bien a fuerza de pertinacia, paciencia y esa manera suya de ser, tan “entradora”. Hasta el momento, no podía quejarse de los resultados obtenidos, sobre todo en lo referente al bello sexo.

Ya poseía las declaraciones “no oficiales” de Isis del Solar, la encargada del archivo, y también la de Gualberto Farrazzini, el Secretario, un sujeto maduro, enjuto y un tanto amanerado al hablar, que le consumió una *cassette* entera a base de chismes irrelevantes. Fiel a su línea de conducta, el joven detective no dejó de entrevistar a ninguno, por ajeno que pudiera parecer, a primera vista, a aquel misterioso asesinato en la oficina.

La charla con Puentes, el sereno, había resultado algo más jugosa. Lo abordó en un bar cercano al Ministerio, media hora antes de que comenzara su turno laboral. Tras las dos primeras copas, el hielo se resquebrajó sin excesiva violencia.

—PUES SÍ, mi amigo —le dijo Puentes, con un meneo de cabeza—. Una verdadera injusticia lo de la chica ésa... ¡Salud!

—Salud. ¿La conocía bien?

—¿Si viera que no! Poco o nada la traté, porque ella trabajaba temprano, pobrecita... Pero las pocas veces que le hablé me dio buena impresión, ¿vio? Muy seriecita, ella, a trabajar y punto. No como otras que yo sé, que... —y sacudió expresivamente la mano libre del vaso.

Juan Carlos se lo llenó de nuevo.

—¿Qué opinaban los hombres de la oficina?

—¿Me pregunta si alguno le arrastraba el ala?... ¡No era de ésas!

—Así que..., ¡nada de “vampiresa”!

—Bueno... No es que quiera hablar mal de ella, Dios libre y guarde. Pero parecía, ¿cómo le diré?..., ¡tan poquita cosa! Sin ofender, claro, pobre...

—Nada que ver con Esmeralda Capurro, ¿eh?

Cruzaron sendas sonrisas cómplices.

—¡Esa juega en las ligas mayores! No..., nada que ver.

—A mí también me impactó la rubia. —Inesperadamente, Juan Carlos cambió el tono y miró al otro a la cara—. ¿Le dio la impresión de que Lucy García trataba de imitar a Esmeralda..., que intentaba, de algún modo, llegar a ser como ella?

Puentes empinó el vaso, para no dejar gota.

—¿Cómo dice? —inquirió luego, con gesto perplejo.

—Ese maquillaje tan exagerado que usaba cuando la mataron..., la peluca rubia... ¿No son indicios claros de que emulaba a la *femme fatale* de la oficina?

EL GUARDIÁN nocturno posó el vaso sobre la mesa. Frunció un poco la frente al indagar:

—¿Cómo está enterado de todo eso? Creí que iban a guardar cierta reser...

—Mi padre tiene contactos en División Homicidios. Consiguió copias de las fotografías oficiales.

—¡Ah, ya veo! ¿Y su papá es...?

—Fue comisario. Dorteros de apellido, no sé si...

—No..., no me suena. Así que usted vio las fotos... ¡Qué injusticia, m' hijo!

—Sí, es una tragedia... ¿Por qué tuvo que quedarse Lucy tan tarde en la oficina? ¡Usted dice que trabajaba temprano!

—Bueno... —El hombre vaciló—. No me parece correcto...

—¡Vamos! Le prometo que va quedar entre usted y yo. ¡Estrictamente confidencial!

—¡Pero que conste que es una presunción, nomás!

—Entiendo. ¿Sospecha algo anormal?

Puentes se agitó en la silla. Inquieto, manoseó el cuello alto de su suéter y habló desviando un poco la mirada del rostro de Juan Carlos.

—Como anormal, no... Lo que creo es que bien pudo citarla alguien..., pero no por trabajo, ¿me comprende? ¡No se emperifolla de esa manera..., con anillos, collar y todo eso, una muchacha que sólo viene a pasar notas a máquina!

—¿El doctor Quintana? —insinuó significativamente el investigador. Ante la manifiesta alarma del otro, añadió de prisa—: No se preocupe: ¡no sería usted el que me abriera los ojos sobre un asunto que comenta todo el mundo! Además, cuando hay de por medio un homicidio, determinados miramientos se dejan de lado... Y, de cualquier modo, todo va a terminar por salir a luz en la encuesta judicial —improvisó, en un raptó de inspiración.

—¿Le parece? En fin, siempre y cuando usted no me mencione...

—¡Discreción absoluta, ya le dije!

—Entonces sí, le confieso que sería muy probable. ¡El doctor acostumbraba llevar ahí sus... asuntitos! Aunque yo no tenía por qué estar enterado, claro está... El entraba por la puerta trasera, con su propia llave; y por ahí mismo se iban los dos, cuando les convenía. ¡Hubo tantas, mire!...

—¿Funcionarias de la oficina? —Juan Carlos escanció más vino.

—Era lo más común... ¡Salud!

—¡Salud! ¿Y le gustaban... llamativas?

—Tenía sus preferencias. Isis del Solar, la del archivo, por ejemplo. ¡De la cintura para abajo, es...!

JUAN Carlos cruzó los brazos sobre la mesita y se inclinó hacia el sereno. Su pregunta partió, firme y directa, en busca de una réplica impremeditada:

—¿Quintana estuvo esa noche en la oficina?

—¡Si viera que no sé!

—Pero bien pudo estar, ¿no? Sin que usted se enterase, digo.

—Y... Como poder, pudo, sí.

—Ya veo. ¿Y qué opina del arma?

—¿Eh?

—El cuchillo..., uno que tenían en la oficina, me imagino que para cortar las tortas en las fiestas. Se encontró junto al cadáver, ¿no es cierto?

Hilario Puentes movió la cabeza de arriba para abajo tres o cuatro veces, en señal de admiración.

—¡Vaya que se me empapó bien de los detalles!...

—En realidad —insistió Juan Carlos—, los dedos de la chica rodeaban el mango, como si...

—¡Eso! —Puentes sacudió el índice ante la nariz del otro—. Yo llegué a pensar que ella misma se había... ¿Cómo es que ahora la policía dice...?

—Lucy García era zurda —explicó el joven, y la luz destelló en sus lentes—. ¡No habría agarrado el cuchillo con la *derecha*! Por otro lado, no es fácil que uno mismo se pueda inferir tajos como éstos, tan seguros... Antes del golpe fatal, el suicida se inflige varios cortes vacilantes, que se llaman “tentativos”: es la regla... comprobada.

—¡Mire usted!...

—Y, por último, una mano frágil como la de Lucy (aun admitiendo que fuese ambidextra), no habría profundizado así la herida... —El novel detective, ufano en su fuero íntimo por haber memorizado tan bien el informe paterno, meneó la cabeza—. ¡Hay que descartar la idea de un suicidio..., definitivamente!

—¡Pero mire lo que son las cosas!... —Puentes entornó los ojos, en los que latían brillos suspicaces—. ¿Y el doctor vendría a ser... un sospechoso?

—Eso lo decide la policía. —Juan Carlos se levantó de la mesa—. Lo único que yo hago es investigar los hechos concretos. ¡Hasta pronto!

No llegó a alejarse. El tirón de la mano de Puentes, aferrada a su manga, lo obligó a detenerse.

—¡Oiga, mocito! ¿Piensa que va a haber... más muertes?

JUAN Carlos reprimió un mohín de disgusto. Los vahos del alcohol empezaban a traslucirse en la expresión del sereno. Se libró de su garra con la mayor delicadeza de que fue capaz.

—No soy adivino —repuso—. ¡Espero que no ocurran más desgracias!... Supongo que eso es lo que todos deseamos, ¿o no?

Y con ello había clausurado la entrevista. El tratar con tipos como aquél lo ponía bastante nervioso (lo cual era disculpable, dado su escaso fogueo en el *métier*); pero, después de todo, Puentes le había sido de cierta utilidad, al confirmarle su presunción en lo referente al doctor Quintana.

A propósito: Quintana era otro candidato al interrogatorio. Pero eso se lo dejaría a Dorteros padre. No había muchas probabilidades de que el abogado se prestase a la inquisitoria de un

“investigador privado”, por simpático que éste fuera. Dorteros El Viejo podría hacer valer el conocimiento personal que ya tenía con Quintana...

EN ESTA mañana, otro era el objetivo del joven detective.
¡Y nada desagradable, por cierto!

—*No te quiero más* —canturreó—, *ni te puedo ver...*

¡La famosa Esmeralda Capurro había otorgado su consentimiento! No..., ¡si cuando él quería sabía ser persuasivo! Además, según le habían dicho varias veces, tenía una voz tan sugestiva por teléfono... De un ágil brinco, bajó del automóvil, que debió estacionar a la vuelta de la casa de ella.

—...*Me dedico a la garufa, ahora tengo otro querer...*

Lindo barrio, se dijo. Y este “Torre Bermudas” era un edificio de cierta categoría...
¡Ventajas de una bella figura!

¿A qué negarlo? Estaba un poco nerviosillo cuando apretó el timbre. Una centelleante secuencia de utópicas derivaciones hacia terrenos divorciados de la criminalística viboreó en lo profundo de su psiquis... Sin embargo, acabó por imponérsele su sentido del deber. ¡Estaba allí en plan *profesional!*

—¿Sí...? —con esa única sílaba, a través del intercomunicador, ella consiguió acelerarle el pulso.

—¡Jum! —carraspeó el hombre—. ¿La señorita Esmeralda Capurro?... ¡Habla Dorteros!
¿Se acuerda? Quedamos en...

—¡Ah, sí! Pase, Juan Carlos.

¡*Bzzz!*

Empujó la puerta, midió silenciosamente con sus pasos tres metros de mullida “moquette” y se introdujo en el ascensor. Andaba como flotando..., lo cual incluso Dorteros padre habría sabido disculpar, habida cuenta de la fama de la hembra en cuestión. Aprovechó el espejo del elevador para ajustarse la corbata, prenda que sólo usaba en ocasiones especiales.

Ya frente a la puerta de ella, en el piso 15, empezó a preocuparse por encontrar la forma más apropiada de entrar en materia. Los manuales que había leído no le servían de mucho en este tema...

Llamó. Aquella sensación extraña en la boca del estómago, la garganta reseca... ¡Quién lo habría dicho!

En la abertura que surgió ante su vista se reveló parte de un lindo rostro, una cinta color de rosa intentando disciplinar el delicioso alboroto matinal de la cabellera, la V profunda de un escote guarnecido de sedas semitransparentes...

¡Upa-la-lá!, se dijo Juan Carlos.

—Pase... —Ella le franqueó la entrada, sonriente—. ¡Y perdone que lo reciba así, Juan Carlos!... Anoche me acosté un poquito tarde.

—No, no..., ¡faltaba más! Espero no ser inoportuno.

El joven habría jurado que se leía algo más en aquellos ojazos verdemar, cuando por entre los labios aún despintados siseó la respuesta:

—¡Molestia ninguna! ¡Siéntese! —y, aunque banal, lo electrizó.

La salita estaba coquetonamente arreglada, notó el detective; aunque desde luego no se tenía por buen juez en la materia. Había un osito de felpa, blanco y negro, sobre el sofá en el que tomó asiento; sólo por conversar, hizo un comentario risueño al respecto:

—La mascota ideal, ¿eh? No cría pulgas, no maúlla de noche...

Ella soltó una breve risa, orlada por un rosado invasor en las mejillas.

—¡Me encantan estos ositos!

—Son lindos, de verdad... Japonés, ¿no?

—Los colecciono de todas partes. En el dormitorio tengo uno enorme..., ¡con una carita amorosa! Duermo todas las noches con él...

—¡Me gustaría conocerlo! —sonrió el joven.

—A lo mejor, más adelante... Pero no lo han traído los ositos, ¿verdad?

PLAN profesional. Asumiéndose, Juan Carlos se cruzó de brazos y descansó el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda.

—Cierto. Es un poco... ingrato mi cometido, Esmeralda.

—La pobrecita de Lucy, ¿verdad? —susurró ella.

—Ajá. ¿La conocía bien?

—Bueno... Como compañera de trabajo, nos...

—¿Pero no eran amigas?... No, gracias, lo dejé —y adelantó una mano abierta para rechazar el *king-size* que ella le estaba ofreciendo. Habría dado las muelas por llevar consigo algún encendedor, pero ambos Dorderos cumplían devotamente la consigna de prescindir de cualquier artilugio que los tentase a recaer en una debilidad que con tanto esfuerzo habían logrado erradicar—. ¿No intercambiaban... confidencias? —insistió.

Los verdes ojos parpadearon. ¡Aquellas pestañas realmente abanicaban!, se admiró Juan Carlos.

—¿Confidencias? —La llama de un bonito encendedor inflamó el cigarrillo.

—Sobre amistades..., romances... Ya sabe: cosas así.

—Noo... ¡Lucy no era muy comunicativa!

—¿Así que nunca se enteró de si tenía algún enamorado?

—Jamás me contó nada... —y exhaló humo con un *¡fff!* que le erizó los pelillos de la nuca a su interlocutor.

—Quizás a través de otro conducto... ¿Rumores?

Juan Carlos consideró seriamente la posibilidad de formular, adrede, otras preguntas que exigieran respuestas enfáticamente negativas de parte de ella. ¡Había que ver con qué gracia se mecía esa mata de pelo dorado cuando Esmeralda sacudía la cabeza!

—Nada, entonces, a lo que veo... —concluyó—. En lo personal, ¿usted no tiene idea de quién pudo haberla...?

—¿Pero cómo? —Dos círculos blancos rodearon a los iris esmeraldinos—. ¿No dicen que fue un sui...?

El le cortó la frase con un gesto negativo. Luego sus ojos se cruzaron en la fina columnilla de humo que ascendía, casi vertical, desde la punta en ascua del cigarrillo que aprisionaban dos finos dedos pálidos.

—Anda atrasada de noticias, Esmeralda. ¡Ya se descartó definitivamente esa posibilidad! ¿Cómo es que no está enterada?

—BUENO, yo... ¡La verdad es que hace más de una semana que no voy a la oficina! Tengo licencia, ¿sabe?

—¡Espero que no sea por motivos de salud!

—Bueno, un poquito mal estuve, sí... Esa desgracia me afectó..., me afectó mucho; y sufro del hígado y tengo...

—¡Cuanto lamento que no se encuentre bien! —Hizo ademán de incorporarse—. Si le parece mejor que pospongamos...

Una de las manos, exquisitamente adornada con barniz de uñas nacarado, se prendió de su manga. Juan Carlos empezaba a experimentar, en parte, el poder de seducción que fluía de ella... Era quizá un poco plana por encima de la cintura (una cintura, fuerza es consignarlo, bien de avispa); pero lo que se traslucía por entre los tules del peinador que la envolvía, causaba vértigo. Y ese cutis marfileño...

—No, ¡quédese, Juan Carlos! Sé que es muy importante para usted que hablemos.

—Gracias. Le prometo que abreviaré tanto como sea posible.

—Muy bien. ¿Qué quiere saber?

—Aquella infausta noche usted iba a quedarse trabajando tarde... ¿Cómo fue que apareció Lucy García en su lugar?

—¡No sé nada de Lucy! Yo me fui una hora más tarde de mi horario regular, y mientras estuve en la oficina no vi venir a nadie más...

—¿Cerró las puertas al retirarse?

Ella elevó la vista hacia el techo, exhalando una bocanada de humo.

—No recuerdo... ¡soy bastante olvidadiza en cosas como ésas! Lo lamento...

—¿Recuerda si vio al sereno cuando salía?

—No, no lo vi. Estaría haciendo la ronda, o quizás en el baño...

Juan Carlos adelantó el torso hacia la mujer.

—¿Está enterada del aspecto que tenía la pobre Lucy cuando...?

Ella ahuecó las mejillas para aspirar humo. ¡Preciosa!

—Sí... —musitó—. La peluca rubia, el maquillaje... ¡Qué cosa más rara!

—¿Cree posible que estuviese tratando de emularla a usted?

—¿CÓMO dice, perdón?

—Que tal vez quería parecersele. ¡Toda chica aspira a ser popular, ya sabe!

—¡Pero cómo supone que...! —Levantó la cara hacia él—. ¿Está diciendo que Lucy trataba de *personificarme*? ¡Jamás en la vida habría pensado que...!

—No digo al extremo de hacerse pasar por usted; nada de eso. Pero sí quizás imitarla. Como usted goza de la admiración general —sonrió brevemente—, y no podría ser de otra manera...

—¡Pero qué amable, Juan Carlos!

—... sería entonces muy natural que Lucy, deseosa de impresionar a... alguien en particular, y sabiendo ella (¡claro está que todo esto es hipotético!), sabiendo ella que esa tal persona sentía una fuerte atracción por usted, pues... —extendió ambas manos abiertas a los lados, con los pulgares hacia afuera.

Esmeralda Capurro aplastó la colilla ennegrecida contra un cenicero de cristal en forma de concha marina. Silenciosa, pareció meditar en las últimas palabras de él.

¡Zambomba!, pensó Juan Carlos. *Quizás me excedí... ¿Y si se le da por tirarme ese cenicero por la cabeza?*

PERO lo que sucedió fue bastante menos dramático. Ella se puso de pie (no sin proporcionar al visitante una fugaz sinopsis de sus veladas delicias) y dio varios pasos por la salita. El salto de cama debía ser de tela autoadhesiva, se dijo él. Y esos tacones afilados, de quince centímetros...

—¡Me dejó mal lo que dijo, Juan Carlos!

—Sólo fue en el terreno de las conjeturas, Esmeralda, créame. ¡Lejos de mí...!

—¡Pero lo que dio a entender...!

—¡No, no, de ningún modo! No debe tomarlo como...

—¡Me acusa de ser responsable de que la hayan...! ¡Oh! ¡Ay!

Y lloriqueó melodiosamente. Juan Carlos se habría pateado a sí mismo; pero por el momento no encontraba siquiera dónde meterse.

¡Otra vez lo mismo!, refunfuñó, para sus adentros. ¡Me van a convencer de que no sé tratarlas!

La despedida fue con carámbanos. Ella ni siquiera le tendió la mano: se limitó a sostener la puerta abierta mientras él se escurría fuera, sin más que una inclinación de cabeza casi imperceptible y un pequeño murmullo en respuesta al saludo del hombre. ¡Y la entrevista había prometido tanto!...

Estaba muy preocupado al descender los cuatro escalones de granito pulido hasta la acera. No podía evitar imaginarse las actitudes más dispares de parte de Esmeralda, tras la partida de él.

¿Colérica? ¿Asustada? ¿Compungida?

¡Si los ositos de peluche hablasen!... Frente a los fijos y redondos ojuelos de vidrio, una Esmeralda restallante como chispa eléctrica, sin rastros de lágrimas, marcaba vivamente varios dígitos en un teléfono inalámbrico. Luego esperó con impacientes chupadas al cigarrillo.

Dio un saltito al oír descolgarse el tubo, al otro extremo.

—¿Sos tú? —dijo ante el fono—. Sí, sí, ya vino... ¿Cómo? ¡Hará un par de minutos!... Oí: ¡me hizo una Inquisición! Es como si estuviera enterado de que... ¿Qué decís? —Se volvió a mirar al osito—. ¿Y qué importa si...? ¿¿Cómo?? ¿¿Cómo dijiste??... ¡No tenés por qué hablarme de ese modo! ¿Entendiste? ¡No te voy a tolerar que...! —y se quedó escuchando el zumbido de la comunicación interrumpida.

EN OTRO barrio de la ciudad, una vigorosa diestra masculina, en cuyo anular relucía un anillo con el sello de cierta fraternidad estudiantil norteamericana, reponía con violencia el tubo de un teléfono en su horquilla. Era uno de esos aparatos elegantes, deliberadamente anticuados; armonizaba a la perfección con el estilo clásico del gran escritorio labrado sobre el que descansaba.

La misma mano, tras corta pausa sobre el receptor telefónico, se hundió en un bolsillo, extrajo un pañuelo y ascendió para enjugar una frente cubierta de sudor.

Al resplandor de una lámpara con pantalla verde, la sombra de un hombre atormentado se proyectaba sobre el retrato al óleo de un adusto personaje cuya mirada rezumaba reproche.

—*¡Dios mío!* —Un acento enronquecido ascendió hacia el artesonado del cielorraso—. *¡Debe haberlo visto!... ¡Van a averiguarlo todo!...*

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SÍ A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



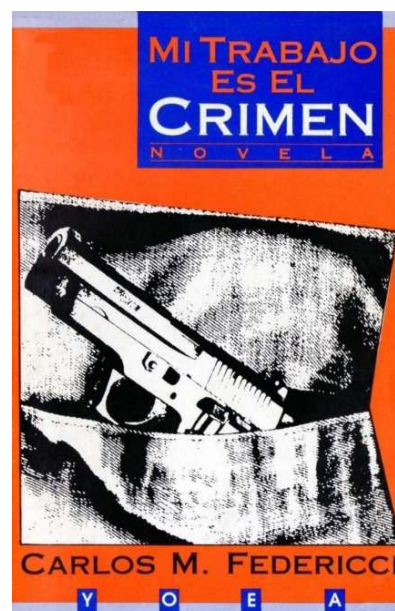
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

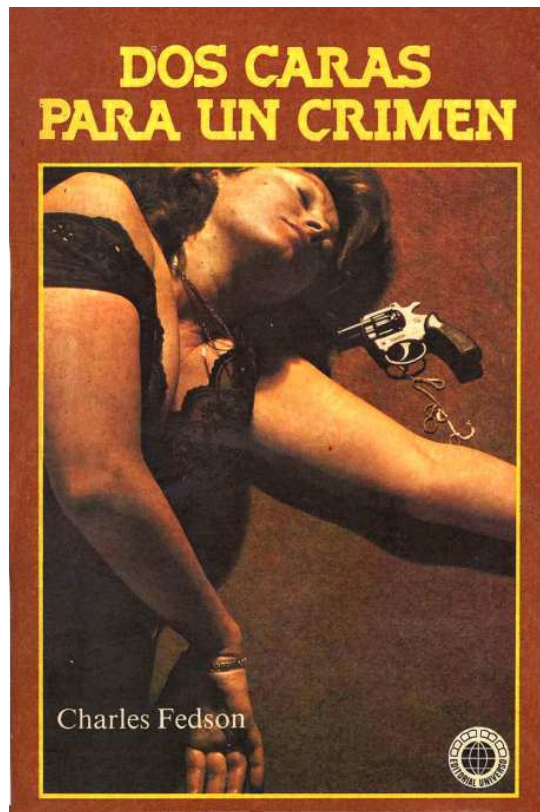


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA

G O D D E U \$
(Los Ejecutivos de Dios)
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989